



1

*Boston, Massachusetts,
lunes, 5 de junio de 2006, 9.35 horas.
Ocho meses más tarde.*

—Todos en pie —ordenó el alguacil uniformado al salir del despacho del juez con un bastón blanco en la mano.

Detrás del alguacil apareció el magistrado, envuelto en una amplia toga negra. Era un afroamericano corpulento de carrillos flácidos, cabellera rizada y canosa, y bigote. Sus ojos oscuros y penetrantes echaron un breve vistazo a su feudo mientras subía los dos escalones del estrado a paso firme y deliberado. Al llegar a su silla se volvió hacia la sala, flanqueado por la bandera estadounidense a su derecha y la del estado de Massachusetts a su izquierda, ambas coronadas por sendas águilas. Con su reputación de juez justo y excelente conocedor de la ley, pero también proclive a montar en cólera, era la personificación de la autoridad inamovible. Una banda concentrada de sol matutino se filtraba por el borde de las persianas bajadas sobre las ventanas con parteluz y le iluminaba la cabeza y los hombros, confirmando a su silueta el fulgor dorado de un dios pagano en una pintura clásica y acentuando su aspecto formidable.

—Atiendan —prosiguió el alguacil con su voz de barítono y fuerte acento de Boston—. Todas las personas con derecho a comparecer ante los honorables jueces del Tribunal Superior ahora con sede en Boston y en el condado de Suffolk, acérquense, presten



atención y serán escuchados. Dios bendiga al estado de Massachusetts. ¡Tomen asiento!

Con reminiscencias del efecto que surtía el final del himno nacional en un acontecimiento deportivo, la orden del alguacil provocó un murmullo de voces mientras los presentes en la sala 314 tomaban asiento. Mientras el juez ordenaba los papeles y la jarra de agua que tenía ante él, el funcionario sentado a una mesa justo debajo del estrado anunció:

—Los herederos de Patience Stanhope y otros contra el doctor Craig Bowman. Preside el honorable juez Marvin Davidson.

Con un movimiento bien estudiado, el magistrado abrió un estuche y se apoyó las gafas de lectura sin montura sobre la parte inferior del puente de la nariz. Por encima de ellas miró hacia la mesa de la acusación.

—Que se identifiquen los letrados —ordenó.

A diferencia del alguacil, no tenía acento, y su voz no era de barítono, sino de bajo.

—Anthony Fasano, Señoría —se presentó el abogado de la acusación con un acento similar al del alguacil mientras se levantaba a medias de la silla como si acarreará un enorme peso sobre los hombros—. Pero casi todo el mundo me llamaba Tony. —Señaló a su derecha—. Comparezco aquí en nombre del demandante, el señor Jordan Stanhope —anunció antes de señalar a su izquierda—. Junto a mí se encuentra mi competente colega, la señora Renee Relf.

Dicho aquello volvió a sentarse a toda prisa, como si fuera demasiado tímido para ser el centro de atención.

El juez Davidson desvió la mirada hacia la mesa de la defensa.

—Randolph Bingham, Señoría —se presentó el abogado defensor, que a diferencia del abogado de la acusación, hablaba despacio, acentuando cada sílaba con voz meliflua—. Represento al doctor Craig Bowman, y me acompaña el señor Mark Cavendish.

—¿Están listos para empezar? —preguntó el juez Davidson.

Tony se limitó a asentir, y Randolph volvió a levantarse.

—Hemos presentado algunas cuestiones de procedimiento al tribunal —observó.



El juez le lanzó una mirada penetrante para recordarle que no le gustaba ni le hacía falta que le recordaran la existencia de mociones preliminares. Luego bajó la mirada y se humedeció el dedo índice con la lengua antes de hojear los papeles que sostenía en las manos. Sus ademanes mostraban que estaba ofendido, como si el comentario de Randolph hubiera reavivado el desdén que le inspiraban los abogados en general. Al poco carraspeó.

—Moción de desestimación denegada. Asimismo, este tribunal considera que ninguno de los testigos propuestos ni las pruebas presentadas es demasiado gráfico o complejo para que el jurado lo considere, por lo que también se deniegan todas las mociones anteriores al juicio. —Alzó la mirada y lanzó otra mirada enojada a Randolph como para decirle «chúpate esa» antes de volverse hacia el alguacil—. Que entre el jurado. Tenemos trabajo.

El juez Davidson también era conocido como un hombre al que le gustaba ir al grano.

Como si hubieran esperado aquel pie, un murmullo se alzó entre los espectadores sentados en la sala. Pero no tuvieron mucho tiempo para conversar. El secretario del tribunal sacó dieciséis nombres de la tolva, y el alguacil fue a buscar a los candidatos preseleccionados para formar parte del jurado. En cuestión de minutos, los dieciséis entraron en la sala y prestaron juramento para que pudiera dar comienzo la selección. Se trataba de un grupo visiblemente dispar, dividido casi a partes iguales entre hombres y mujeres. Si bien casi todos eran blancos, también estaban representadas algunas minorías étnicas. Tres cuartas partes iban vestidos de forma apropiada y respetuosa, y de estos, la mitad eran hombres o mujeres de negocios. Los demás iban ataviados con camisetas, sudaderas, vaqueros, sandalias y prendas de rapero, algunas de las cuales tenían que subirse constantemente para evitar que cayeran al suelo. Algunos de los más veteranos en aquellas lides llevaban material de lectura, en su mayoría periódicos y revistas, si bien una mujer ya entrada en años había traído un libro de tapa dura. Varios de ellos se mostraban intimidados por el entorno, mientras que otros adoptaron una actitud ostentosamente despectiva mientras el grupo desfilaba y tomaba asiento.



El juez Davidson pronunció un breve discurso de introducción, en el que dio las gracias a los futuros miembros del jurado por el servicio que prestarían y les recordaba la importancia que revestía convertirse en buscadores de la verdad. Describió en pocas palabras el proceso de selección pese a saber que ya habían recibido instrucciones en la sala del jurado. A continuación comenzó a formular una serie de preguntas para determinar la adecuación de los candidatos, con la esperanza de descartar a las personas con sesgos que pudieran decantarlos en contra del demandado o el demandante. Según dijo, el objetivo consistía en hacer justicia.

—¡Justicia, y una mierda! —masculló Craig para sus adentros.

Respiró hondo y se removió en su asiento, reparando en lo tenso que había estado hasta entonces. Levantó las manos, que había cerrado en sendos puños sobre el regazo, y las apoyó sobre la mesa al tiempo que se inclinaba hacia delante. Extendió los dedos y percibió más que oyó el chasquido de sus articulaciones entumecidas. Llevaba uno de sus trajes grises más conservadores, camisa blanca y corbata, todo ello por orden específica de su abogado, Randolph Bingham, sentado a su derecha.

También por orden específica de su letrado, Craig mantenía una expresión neutral, lo cual le resultaba muy difícil bajo tan humillantes circunstancias. El letrado le había dado instrucciones de que adoptara una actitud digna, respetuosa (significara lo que significase) y humilde. Debía evitar mostrarse arrogante y enfadado. No mostrarse enfadado era lo más duro, pues Craig estaba furioso. También tenía instrucciones claras de prestar atención a los miembros del jurado, mirarlos a los ojos, considerarlos como conocidos y amigos. Craig rió para sus adentros mientras paseaba la mirada entre los potenciales miembros del jurado. La idea de que eran sus iguales le parecía una broma pesada. Su mirada se fijó en una mujer con aspecto de huérfana y lacio cabello rubio que le ocultaba casi todo el rostro pálido de duendecillo. Llevaba una enorme sudadera de los Patriots, cuyas mangas eran tan largas que solo se le veían las yemas de los dedos mientras se apartaba constantemente el cabello de la cara para poder ver algo.



Craig lanzó un suspiro. Los últimos ocho meses habían sido un auténtico infierno. El otoño anterior, al recibir la citación, había imaginado que el asunto se pondría feo, pero de hecho fue mucho peor de lo que había imaginado. Primero había tenido que someterse a interrogatorios sobre todos y cada uno de los resquicios de su vida. Los interrogatorios eran horribles, pero prestar declaración aún lo era más.

Craig se inclinó hacia delante un poco más para ver la mesa de la acusación y mirar a Tony Fasano. Craig había aborrecido a algunas personas en su vida, pero nunca había odiado a nadie tanto como había llegado a odiar a Tony Fasano. Incluso su aspecto y su forma de vestir, con sus modernos trajes grises, camisas negras, corbatas negras y llamativas joyas de oro le provocaba náuseas. A los ojos de Craig, Tony Fasano, con su aspecto de mafioso de pacotilla, era la personificación hortera del actual abogaducho especializado en daños y perjuicios, cuya única ambición residía en ganarse la vida a costa de la desgracia ajena y a base de sacarle millones a las aseguradoras forradas de pasta y reacias a pagar. Para repugnancia de Craig, Tony incluso tenía una página web en que se jactaba de ello, y el hecho de que podía arruinar la vida de un médico en el ejercicio de su profesión no le importaba a nadie.

Craig desvió la mirada hacia el aristocrático perfil de Randolph, concentrado en la selección. Randolph tenía la nariz algo aguileña y de puente alto, bastante parecida a la de Tony, de hecho, aunque en su rostro surtía un efecto del todo distinto. Mientras que Tony te miraba desde debajo de un par de cejas oscuras y pobladas, la nariz vuelta hacia abajo y cubriendo en parte la sonrisa cruel que curvaba sus labios, Randolph mantenía su propia nariz al frente, en ocasiones un poco elevada, y miraba a quienes le rodeaban con lo que algunos podrían considerar un leve desdén. En contraste con los labios carnosos de Tony, que este se humedecía a menudo con la lengua mientras hablaba, la boca de Randolph formaba una línea delgada y precisa, casi desprovista de labios, y al hablar casi nunca mostraba la lengua. En resumidas cuentas, Randolph era el epítome del aristócrata bostoniano curtido y contenido,



mientras que Tony encarnaba al juvenil y exuberante guasón y gamberro de patio. A Craig le había gustado el contraste al principio, pero ahora, al observar a los posibles miembros del jurado, no pudo evitar preguntarse si la personalidad de Tony ejercería más influencia sobre ellos, una preocupación que acentuó aún más la inquietud que sentía.

Y desde luego, tenía razones sobradas para experimentar inquietud. Pese a las palabras tranquilizadoras de Randolph, el caso no iba bien. En concreto, el tribunal de casación de Massachusetts ya había emitido veredicto favorable al demandante al declarar, tras escuchar los distintos testimonios, que existían suficientes pruebas contundentes de una posible negligencia para permitir que el caso fuera a juicio. Como corolario, el demandante, Jordan Stanhope, no tenía obligación de depositar una fianza.

El día en que Craig se enteró de aquello fue el más lúgubre de todo el período previo al juicio, y sin que nadie lo supiera, por primera vez en su vida había contemplado la posibilidad de suicidarse. Por supuesto, Randolph le había soltado el mismo discurso que le habían soltado al principio, a saber, que no debía tomarse aquella derrota menor a título personal. Pero ¿cómo podía no tomarse a título personal que un juez, un abogado y un colega tomaran aquella decisión? Ellos no eran productos del fracaso escolar ni obreros atontados, sino profesionales, y el hecho de que lo consideraran culpable de negligencia profesional, es decir, que había atendido a su paciente por debajo de sus posibilidades, constituía un golpe mortífero a su honor y a su integridad personal. Había consagrado literalmente toda su vida a convertirse en el mejor médico posible y lo había conseguido, tal como atestiguaban las excelentes calificaciones obtenidas en la facultad, las brillantes evaluaciones conseguidas durante su residencia en una de las instituciones más prestigiosas del país y el hecho de que un colega de gran renombre le hubiera ofrecido formar parte de su consulta. No obstante, aquellos profesionales lo tachaban de delincuente. En un sentido más que tangible, su amor propio y su autoestima habían quedado minados y corrían serio peligro.



Otros sucesos aparte del dictamen judicial habían ensombrecido en gran medida el horizonte. Al principio del proceso, aun antes de que los interrogatorios tocaran a su fin, Randolph había recomendado encarecidamente a Craig que hiciera cuanto estuviera en su mano para reconciliarse con su esposa, Alexis, que dejara su piso de soltero en el centro (palabras textuales de Randolph) y regresara a la residencia familiar en Newton. El abogado estaba convencido de que el estilo de vida relativamente nuevo y autocomplaciente (también palabras textuales) de Craig no gustaría al jurado. Dispuesto a seguir el consejo de un experto, aunque molesto por la dependencia que ello conllevaba, Craig había obedecido al pie de la letra. Se sintió complacido y agradecido por el hecho de que Alexis le permitiera volver, aunque fuera para dormir en la habitación de invitados. Asimismo, su mujer se había mostrado muy dispuesta a apoyarle, tal como demostraba el hecho de que en aquel momento estuviera sentada entre los espectadores. Por puro acto reflejo, Craig se volvió para mirarla. Alexis iba vestida en el habitual estilo entre profesional e informal que empleaba para su trabajo como psicóloga en el hospital Memorial de Boston, blusa blanca bajo una rebeca azul. Craig consiguió dedicarle una sonrisa torva que ella le devolvió.

Craig se concentró de nuevo en la selección. El juez estaba atosigando a un desaliñado contable deseoso de escabullirse aduciendo obligaciones insoslayables. El hombre afirmaba que los clientes no podrían arreglárselas sin él durante una semana, tiempo que en opinión del juez duraría el proceso teniendo en cuenta la lista de testigos, presentados en su mayoría por la acusación. El juez Davidson se mostró implacable al señalar al caballero lo que pensaba de su sentido del civismo, pero luego lo descartó. Después de que su sustituto prestara juramento, el procedimiento continuó.

Gracias a la generosidad personal de Alexis, que Craig atribuía sobre todo a su madurez y en segundo lugar a su formación como psicóloga, las cosas en casa habían ido bastante bien durante los últimos ocho meses. Craig sabía que la situación habría sido insoportable si Alexis hubiera decidido comportarse como segu-



ramente lo habría hecho él en las circunstancias inversas. Desde su actual punto de observación privilegiado, Craig era capaz de entender que su presunto «despertar» había sido un intento infantil de convertirse en alguien que no era. Había nacido para ser médico, una vocación arrolladora, y no para ser una mariposa social. De hecho, su devota madre le había regalado el primer juego de médico a los cuatro años, y recordaba atenderlos a ella y a su hermano mayor con una seriedad precoz que ya por entonces presagiaba su talento. Si bien durante sus estudios de grado e incluso en sus primeros años en la facultad de medicina había considerado que su vocación era la investigación básica, más tarde comprendió que poseía un don innato para el diagnóstico clínico, lo cual impresionaba a sus superiores y también lo complacía a él. Cuando terminó la facultad, sabía que se convertiría en un clínico interesado por la investigación, no a la inversa.

Mientras que Alexis y sus dos hijas menores, Meghan, de once años, y Christina, de diez, se habían mostrado en apariencia comprensivas y dispuestas a perdonar, Tracy era harina de otro costal. Su hija mayor, de quince años y en plena efervescencia adolescente, parecía abierta y persistentemente incapaz de perdonar a Craig por abandonar a su familia durante seis meses. A ello se añadían tal vez ciertos episodios desafortunados de rebeldía, entre ellos algún escaqueo preocupante con las drogas, incumplimientos de horarios e incluso alguna que otra fuga nocturna. Alexis estaba inquieta, pero puesto que se comunicaba bien con la chica, estaba bastante segura de que Tracy saldría adelante. Alexis pidió a Craig que no interfiriera dadas las circunstancias. Craig obedeció encantado, ya que no habría sabido afrontar la situación en el mejor de los casos y ahora, por añadidura, estaba demasiado absorto en su propia catástrofe.

El juez Davidson desestimó a dos candidatos. Uno de ellos manifestaba una clara hostilidad hacia las compañías aseguradoras y consideraba que estafaban a todo el país, de modo que adiós muy buenas. El otro tenía un primo que había acudido a la antigua consulta de Craig y había oído decir que era un médico maravilloso. Otros candidatos quedaron descartados cuando los



abogados empezaron a emplear algunas de sus estratagemas, entre ellos una mujer de negocios muy bien vestida a la que eliminó Tony, y un joven afroamericano con sofisticado atuendo de rapero al que eliminó Randolph. Otros cuatro candidatos acudieron al estrado para prestar juramento. Las preguntas continuaron.

Verse obligado a afrontar el resentimiento de Tracy dolía a Craig, pero eso no era nada en comparación con los problemas que tenía con Leona. En su papel de amante despechada, se volvió vengativa, sobre todo al tener que buscar otro piso. Su pésima actitud perturbaba la consulta, y Craig se encontraba entre la espada y la pared. No podía despedirla por temor a enfrentarse a una demanda por discriminación sexual además del juicio por negligencia, de modo que tenía que arreglárselas con ella lo mejor posible. No entendía por qué no se marchaba por iniciativa propia, ya que vivía en guerra abierta con Marlene y Darlene. Cada día estallaba una nueva crisis, y ambas amenazaban a menudo con despedirse, pero Craig no podía permitirselo, porque las necesitaba más que nunca. El litigio lo trastornaba tanto emocional y físicamente que ejercer la medicina le resultaba casi imposible. No lograba concentrarse, y cada paciente se le antojaba un potencial demandante. Casi desde el día en que recibiera la citación sufría frecuentes ataques de ansiedad, que afectaban su hipersensible sistema digestivo, causándole acidez y diarrea. Para colmo, el insomnio lo obligaba a tomar somníferos, por culpa de los cuales despertaba aturdido en lugar de descansado. En resumidas cuentas, estaba hecho un asco. Lo único positivo era que no había recuperado el peso perdido en el gimnasio, porque apenas comía. Por otro lado, sí había recuperado el rostro cetrino y flácido, ahora acentuado por los ojos hundidos y las profundas ojeras.

El perjudicial comportamiento de Leona en la consulta complicaba mucho la existencia de Craig, pero mucho peor era el efecto que surtía en el juicio por negligencia. La primera señal de peligro había surgido al aparecer su nombre en la lista de testigos de Tony Fasano. La gravedad del peligro se había puesto de manifiesto durante su declaración, un episodio muy doloroso para



Craig, porque se vio obligado a presenciar la profundidad de su resentimiento, culminado en la desdeñosa descripción que Leona hizo de su falta de virilidad.

Antes de la declaración de Leona, Craig había confesado a Randolph los detalles de su relación con Leona para que el abogado supiera a qué atenerse y qué preguntas formular. También le había confiado lo irresponsablemente charlatán que había sido respecto a sus sentimientos hacia la difunta la tarde en que recibiera la citación, pero podría haberse ahorrado el esfuerzo. Fuera a causa del despecho o tan solo de su buena memoria, Leona recordaba todo lo que Craig le había contado de Patience Stanhope, inclusive que la odiaba, que la consideraba una zorra hipocondríaca y su afirmación en el sentido de que su muerte era una bendición para todo el mundo. Después de semejantes revelaciones, incluso el inamovible optimismo de Randolph acerca del desenlace del juicio sufrió un duro golpe. Cuando él y Craig salieron del bufete de Fasano, situado en la primera planta de un edificio de Hannover Street, Randolph se mostró más taciturno y reservado de lo habitual.

—Va a ser perjudicial, ¿verdad? —preguntó Craig con la vana esperanza de que sus temores fueran infundados.

—Espero que esta sea la única sorpresa que me reserva, Craig —replicó Randolph—. Su imprudencia ha logrado convertir esto en una ascensión digna de Sísifo. Por favor, dígame que no se ha ido de la lengua con nadie más.

—No.

—¡Gracias a Dios!

Mientras subían al coche de Randolph, que los esperaba, Craig se había confesado a sí mismo que detestaba los aires de superioridad de Randolph, si bien más tarde llegó a comprender que lo que aborrecía era su propia dependencia del abogado. Craig siempre había sido un hombre autónomo, un luchador que siempre había afrontado los obstáculos en solitario... hasta ahora. Ahora no podía hacerlo solo. Necesitaba a Randolph, y como consecuencia de ello, sus sentimientos hacia él fluctuaron en gran medida durante los meses anteriores al juicio en consonancia con el estado de los acontecimientos.



Craig percibió que Randolph emitía un leve bufido de desagrado cuando Tony utilizó su último descarte para desestimar a una gerente de geriátrico elegantemente vestida. El esbelto dedo de Randolph golpeteó el bloc amarillo en señal de disgusto, y como represalia aparente, el abogado defensor eliminó a la huerfanita de la sudadera inmensa. Otros dos candidatos entraron y prestaron juramento. Las preguntas continuaron.

Craig se inclinó hacia su abogado y le preguntó en un susurro qué debía hacer para ir al baño. Su colon hipersensible estaba reaccionando a la angustia que lo embargaba. Randolph le aseguró que no había problema y que no tenía más que indicarlo al tribunal. Craig asintió y retiró la silla. Resultaba humillante sentir todas las miradas clavadas en él mientras cruzaba la baranda del estrado. La única persona a la que miró fue Alexis.

El lavabo de caballeros era anticuado y apestaba a orina rancia. Craig entró a toda prisa en uno de los cubículos para evitar cualquier contacto con los tipos sin afeitar y de aspecto sospechoso que haraganeaban junto a las picas y conversaban en voz baja. Con sus paredes llenas de grafitis, el desastrado suelo de mosaico de mármol y el hedor que despedía, aquellos servicios parecían simbolizar la actual vida de Craig, y a la vista del estado de su sistema digestivo, temía que visitaría aquel desagradable lugar con mucha frecuencia durante el juicio.

Limpió el asiento con un trozo de papel higiénico, se sentó y pensó de nuevo en la declaración de Leona. Si bien quizá había sido la peor en cuanto a sus posibles repercusiones sobre el desenlace del caso, no había sido la más dura desde el punto de vista emocional. Aquel dudoso honor recaía tanto en la suya como en las de los expertos citados por Tony Fasano. Para horror de Craig, a Tony no le había costado ni pizca encontrar a expertos de la zona dispuestos a testificar, y el elenco era impresionante. Todos eran personas a las que Craig conocía y admiraba, y que además lo conocían a él. La primera en declarar fue la cardióloga que le había ayudado en el intento de reanimación; era la doctora Madeline Mardy. El segundo fue el doctor William Tardoff, jefe de cardiología del hospital Newton Memorial, y el



tercero y más perturbador para Craig, el doctor Herman Brown, jefe de cardiología del hospital Memorial de Boston y catedrático de cardiología de la Facultad de Medicina de Harvard. Los tres testificaron que los primeros minutos después de un infarto eran cruciales en términos de supervivencia. También convinieron en que era bien sabido que era del todo clave trasladar al paciente a un hospital lo antes posible y que cualquier demora era excesiva. Si bien ninguno de los tres daba crédito a la idea de realizar una visita domiciliaria en caso de sospecha de infarto de miocardio, Randolph los instó a reconocer que creían que Craig no conocía a ciencia cierta el diagnóstico antes de llegar junto a la paciente. Randolph también consiguió que dos de ellos declararan oficialmente que los impresionaba la disposición de Craig a efectuar visitas domiciliarias fuera cual fuese el diagnóstico.

Randolph no se alteró tanto como Craig por los testimonios de los expertos y se los tomó con ecuanimidad. La razón por la que trastornaron tanto a Craig residía en que los tres eran colegas respetados. Craig tomaba su disposición a testificar para la acusación como una crítica abierta a su reputación como médico. Ello se aplicaba sobre todo al doctor Herman Brown, que había sido profesor de Craig en la facultad y su adjunto durante la residencia. Fueron la crítica y la desaprobación del doctor Brown las que más afectaron a Craig, sobre todo porque había recibido muchos elogios del mismo médico cuando estudiaba la carrera. Para empeorar aún más las cosas, Craig no había encontrado a ningún compañero de la ciudad dispuesto a testificar en su favor.

Por inquietantes que le resultaran las declaraciones de los expertos, la suya le pareció mucho peor. De hecho, se le antojaba la experiencia más fastidiosa y angustiosa que había vivido hasta la fecha, sobre todo porque Tony Fasano había prolongado la tortura durante dos espantosos días como si de una turbia maniobra política se tratara. Hasta cierto punto, Randolph había presagiado las dificultades a las que se enfrentaría Craig e intentado prepararlo. Le aconsejó vacilar antes de contestar a una pregunta si se terciaba una objeción, reflexionar un instante acerca



de las ramificaciones de las preguntas antes de responder, tomarse su tiempo, evitar revelar lo que no le preguntaran y, por encima de todo, no mostrarse arrogante ni enzarzarse en discusiones. Le confesó que no podía ser más concreto, pues nunca se había enfrentado a Tony Fasano, sobre todo porque, a todas luces, aquella era la primera incursión de Tony en el terreno de la negligencia, distinto de su especialidad como abogado en casos de daños y perjuicios.

La declaración tuvo lugar en el elegante bufete de Randolph, situado en el número 50 de State Street y con impresionantes vistas al puerto de Boston. Al principio, Tony se había mostrado razonable, no exactamente afable, pero tampoco hostil, desde luego. Representaba el papel de guasón del patio. Incluso había insistido en contar un par de chistes que solo el estenógrafo le había leído. Pero el guasón no tardó en dar paso al camorrista. Cuando empezó a hostigar y acusar, metiéndose de forma humillante en todos los aspectos de la vida profesional y personal de Craig, las ya escasas defensas de este empezaron a desmoronarse. Randolph protestaba cuanto podía e incluso sugirió un receso en varias ocasiones, pero Craig había llegado al punto de no querer saber nada de recesos. Pese a que su abogado le había advertido que no se enfadara, se enfadó, se enfureció y procedió a desoír todos los consejos y recomendaciones de Randolph. El peor episodio acaeció la tarde del segundo día. Pese a que Randolph le había vuelto a advertir durante la comida que no perdiera el control, y Craig se lo había prometido, no tardó en caer en la misma trampa bajo el ataque de las indignantes alegaciones de Tony.

—¡Un momento! —espetó en un momento dado—. Voy a decirle una cosa.

—Adelante —repuso Tony—, soy todo oídos.

—He cometido algunos errores en mi vida profesional, como todos los médicos, pero Patience Stanhope no es uno de ellos. ¡No lo es!

—¿En serio? —preguntó Tony con expresión altanera—. ¿Qué quiere decir con «errores»?



—Creo que es momento de tomarnos un descanso —intentó intervenir Randolph.

—No necesito ningún descanso, maldita sea —gritó Craig—. Quiero que este cabrón entienda por un momento lo que significa ser médico, ser el que siempre está en las trincheras con enfermos e hipocondríacos.

—Pero nuestro objetivo no es aleccionar al señor Fasano —insistió Randolph—. No importa lo que él crea.

—Un error es cuando cometes una estupidez —prosiguió Craig sin hacer caso a Randolph e inclinándose hacia delante para acercar más el rostro al de Tony—, como cuando haces una chapuza cuando estás agotado y te quedan diez pacientes por visitar, o cuando olvidas pedir una prueba pese a saber que es necesaria porque de pronto te sale una urgencia.

—¿O como hacer una estúpida visita domiciliaria en lugar de acudir junto a una paciente gravemente enferma y que apenas podía respirar en el hospital porque quería llegar a tiempo al concierto?

Los sonidos procedentes del exterior del lavabo de caballeros devolvieron a Craig al presente. Con la esperanza de que su intestino inferior estuviera quietecito el resto de la mañana, terminó, se puso la americana y salió para lavarse las manos. Mientras lo hacía se miró al espejo e hizo una mueca. Tenía un aspecto manifiestamente peor que antes de apuntarse al gimnasio y pocas posibilidades de mejorarlo en un futuro cercano, teniendo en cuenta que el juicio acababa de comenzar. Sería una semana larga y estresante, sobre todo considerando su desastrosa declaración. Después del fracaso, no había necesitado que Randolph le dijera lo mal que lo había hecho, si bien el abogado había sido lo bastante magnánimo para limitarse a sugerir que debían ensayar antes de su testimonio en el juicio. Aquel día, antes de salir del bufete de Randolph, Craig llevó al abogado aparte y lo miró de hito en hito.

—Quiero que sepa una cosa —masculló en tono insistente—. He cometido errores, tal como le he dicho a Fasano, aunque siempre he intentado ser un buen médico. Pero no cometí ningún error con Patience Stanhope. No hubo negligencia.



—Lo sé —repuso Randolph—. Comprendo su frustración y su dolor, se lo aseguro, y le prometo que, pase lo que pase, haré cuanto esté en mi mano para convencer de ello al jurado.

De regreso en la sala, Craig volvió a su asiento. La selección había tocado a su fin, y el jurado estaba constituido. El juez Davidson estaba dando a sus integrantes algunas instrucciones preliminares, entre ellas la de que apagaran los teléfonos móviles, y describiéndoles el procedimiento civil que estaban a punto de presenciar. Les dijo que ellos y solo ellos serían los jueces reales del caso, lo cual significaba que serían ellos quienes tomarían las decisiones sobre los hechos. También les recordó que al final del juicio les proporcionaría la orientación legal necesaria, lo cual era su ámbito de especialidad. Les dio de nuevo las gracias por el servicio que prestaban antes de mirar a Tony Fasano por encima del borde de las gafas.

—¿La acusación está preparada? —inquirió.

Ya había indicado al jurado que el juicio empezaría con el alegato inicial del letrado del demandante.

—Un momento, Señoría —pidió Tony.

Se inclinó para hablar en susurros con la señora Relf, su ayudante, quien al poco asintió y le alargó un fajo de fichas.

En aquel breve intermedio, Craig intentó captar la atención de los miembros del jurado, tal como le había recomendado Randolph. Los miró uno por uno con la esperanza de que le devolvieran la mirada y de que no adivinaran sus pensamientos. Para él, la idea de que aquel grupo dispar de legos representara a sus iguales resultaba absurda cuando menos. Había un bombero de aspecto indolente, ataviado con una inmaculada camiseta blanca que resaltaba su voluminosa musculatura. Varias amas de casa que parecían fascinadas por la experiencia. Una maestra jubilada de cabello violáceo que era la personificación de la abuela ideal. Un fontanero obeso vestido con vaqueros y una camiseta sucia que tenía un pie apoyado en la barandilla. Junto a él, en claro contraste, un joven bien vestido con un pañuelo rojo asomando por el bolsillo de la pechera de una americana de hilo marrón. A su lado, una remilgada enfermera de ascendencia asiática con



las manos entrelazadas sobre el regazo. Más allá, dos hombres de negocios de poca monta con trajes de poliéster, aspecto aburrido y aire exasperado por haber sido obligados a cumplir su deber cívico. En la segunda fila, justo detrás de ellos, un corredor de bolsa mucho más acomodado.

Craig sintió que lo embargaba una desesperación creciente mientras paseaba la mirada entre los miembros del jurado. A excepción de la enfermera asiática, ninguno de ellos se mostró dispuesto a mirarlo a los ojos ni siquiera un instante. No pudo evitar decirse que, con toda probabilidad, ninguno de ellos, salvo la enfermera, podría imaginarse lo que significaba ser médico. Y al combinar aquella sensación con la declaración que había prestado, el testimonio de Leona y el de los expertos de la parte demandante, concluía que el juicio tenía, en el mejor de los casos, pocas probabilidades de acabar bien. Era muy deprimente, pero al mismo tiempo una culminación muy acorde a los espantosos ocho meses de angustia, dolor, aislamiento e insomnio provocados por su constante reconstrucción mental de los hechos. Craig era consciente de que aquella experiencia lo había afectado en lo más hondo, le había arrebatado la seguridad en sí mismo, el sentido de la justicia, la autoestima e incluso su pasión por la medicina. Ahí sentado, paseando la mirada entre los miembros del jurado, se preguntó si, a despecho del desenlace del juicio, volvería a ser capaz alguna vez de ser el médico que había sido.